

The background of the cover is a textured, light greenish-yellow color. It features a central illustration of a person's back and shoulders, wearing a black top. A vibrant red fabric is draped over their head and neck, completely obscuring their face. The person's hands are visible, with one hand resting on the red fabric near the neck and the other slightly lower. Thin, dark green, vine-like lines with small thorns are scattered across the scene, some crossing the red fabric. Two small, realistic red roses are positioned in the upper right quadrant. The overall mood is mysterious and evocative.

Eugenia Rico

El fin de la raza blanca


PÁGINAS DE ESPUMA

DESPERDICIOS

MI MUJER DICE QUE VA A DEJARME. Lo dice el lunes pero estamos a viernes y todavía no me ha dejado. Sólo ha dejado las maletas aparcadas en un rincón del vestíbulo. Yo quiero que hablemos. Ella quiere limpiar la casa. ¿Para qué quiere limpiar la casa si va a irse de todas formas? Estoy seguro de que lo de irse es un farol. Quiere ponerme nervioso. Estamos casados. Es un sacramento, no se puede ir de un día para otro. Se lo digo pero ella sigue limpiando.

Al final tengo hambre, abro la nevera pero está vacía. Miro el cubo de la basura. No sé por qué lo hago, pero levanto la tapa del cubo de la basura y entonces las veo. Dos chuletas relucientes. Envueltas todavía en el brillante celofán. Intactas. Las contemplo. Las levanto como si fueran la sagrada hostia. Miró la fecha de caducidad. Está a punto de vencer pero todavía no ha vencido. Llamo a mi mujer. Le pregunto por qué ha tirado las chuletas a la basura. Huelen mal, dice. Las huelo. Huelen perfectamente. Ya no olían bien, repite ella. Pero a mí me huelen bien. Entonces suena un portazo y oigo a

los niños que vuelven del colegio. Mamá, mamá, vienen gritando. Los llamo. Yo soy su padre y acuden. Les hago oler las chuletas. No quieren, les obligo. Huelen mal, dice el niño. No huele bien, papá, dice la niña.

Me enfado mucho, cualquiera puede comprender que me enfade. Lo dicen por complacer a su madre. Harían cualquier cosa por su madre. Pero también tienen un padre. Yo soy su padre.

Y por fortuna, su padre es médico. Gana un buen dinero sin el que mi mujer no podría vivir. Por eso es imposible que me deje. Yo no puedo dejar así este asunto de las chuletas. Mi consulta está justo debajo de mi casa. Cojo el teléfono y llamo a mi ayudante. Es un chico joven y un poco asustadizo. Nos contempla muy serios a los cuatro. Mi mujer con los dos niños abrazados y yo levantando la bandeja con las chuletas como si fuera la Biblia. Es muy importante, le digo. Tienes que oler estas chuletas y decirme si están buenas o están pasadas. Mi ayudante sonríe. Él sabe que no soy un hombre frívolo.

Coge las chuletas y las huele con unción. Huelen fenomenal, me dice. Pues mi mujer quería tirarlas a la basura, para ella las cosas de comer no son algo sagrado sino que son desperdicios.

¿Puedo llevármelas?, dice mi ayudante, acabo de mudarme a vivir con mi novia y esta noche no tenemos nada para cenar.

Mi mujer, los niños y yo le vemos alejarse con la bandeja de las chuletas. Va dejando tras de sí un aroma a colonia de Nenuco. Mi mujer y los niños se van y yo me quedo mirando el cubo de la basura abierto como si fuera todo lo que me queda en el mundo.

Mi mujer dice que quiere dejarme. Lo dijo el lunes pero estamos a viernes y todavía no me ha dejado.